

*¿Cómo clasificamos a la gente del pasado? Categorías sociales, clases e identidades anacrónicas**

HOW DO WE CLASSIFY THE PEOPLE FROM THE PAST? SOCIAL CATEGORIES, CLASSES AND ANACHRONIC IDENTITIES

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN
Universidad del País Vasco
España

SUMMARY

*This article offers a methodological reflection upon the historicity of the categories that we use to classify the people of the past. It provides a broad analysis of some of the academic debates regarding the analytical tools used by social scientists to this end (estates, classes, identities, etcetera.), debates which, since the 1960s, have seen the participation, amongst others, of a series of French historians from the second generation of *Annales* to the present day.*

* Este trabajo es uno de los resultados del Grupo de Investigación en Historia Intelectual de la Política Moderna (IT615-13; Departamento de Educación, Universidades e Investigación del Gobierno Vasco) y del Proyecto de Investigación “Historia Conceptual, Constitucionalismo y Modernidad en el Mundo Iberoamericano” (HAR2010-16095, Ministerio de Economía y Competitividad, Gobierno de España). Expuse un primer esbozo de este texto en el Coloquio Internacional “Linguagens da Identidade e da Diferença. Classes, corporações, castas e raças no mundo iberoamericano 1750-1870 (Iberconceptos III)”, organizado en el Instituto Universitário de Lisboa (ISCTE), del 3 al 5 de septiembre de 2013, por Fátima Sá e Melo Ferreira. Una segunda versión fue presentada y discutida en una conferencia organizada por João Feres Jr. y Lúcia Bastos Pereira das Neves en el Instituto de Estudos Sociais e Políticos (IESP), da Universidade do Estado do Rio de Janeiro el 22 de abril 2014. Agradezco muy cordialmente a los tres colegas mencionados y a todos los asistentes a esos debates sus observaciones críticas, que he procurado tener en cuenta en la redacción definitiva.

After a critical analysis of Karl Marx's stance on the subject, the author highlights the threats to an adequate knowledge of the past posed by the projection upon earlier social formations of the classificatory categories of another age, and underlines the usefulness of conceptual history in order historically to conceive of extinct worlds in which people were governed by principles, structures and criteria of group division which were very different from those of today. According to the author, the historical-conceptual approach allows to elude the insidious "chronocentrism" inherent to Western modernity.

Key words: classifications, categories, identities, historiography, time, historicity, anachronism, modernity, classes.

RESUMEN

Este artículo aporta una reflexión de carácter metodológico sobre la historicidad de las categorías que usamos para clasificar a la gente del pasado. En él se examinan a grandes rasgos algunos debates académicos sobre las herramientas analíticas empleadas por los científicos sociales para estos fines (estamentos, clases, identidades, etcétera), debates en los que, a partir de la década de 1960, han participado, entre otros, una serie de historiadores franceses desde la segunda generación de *Annales* hasta la actualidad. Tras el análisis crítico de las posiciones de Karl Marx al respecto, el autor pone de relieve los riesgos que para un conocimiento adecuado del pasado se derivan de la proyección de las categorías clasificatorias de una época sobre formaciones sociales anteriores, y subraya la utilidad de la historia conceptual para pensar históricamente mundos desvanecidos en los cuales las gentes se regían por principios, estructuras y criterios de división grupal muy diferentes de los actuales. Según el autor, la aproximación histórico-conceptual permite esquivar ciertas formas de insidioso "cronocentrismo" y teleologismo inherentes a la modernidad occidental.

Palabras clave: clasificaciones, categorías, identidades, historiografía, tiempo, historicidad, anacronismo, modernidad, clases.

Artículo recibido: 23-02-2015

Artículo aceptado: 30-06-2015

¿CÓMO SE CONSTRUYEN Y CLASIFICAN
LOS OBJETOS DE CONOCIMIENTO HISTÓRICO?

Conocer es discernir. Para acceder a un cierto conocimiento sobre cualquier realidad empírica hemos de observar, comparar, diferenciar, agrupar, clasificar. Por una parte, reunimos datos desperdigados, recolectamos información y enlazamos ciertas características con determinados objetos; por otra, distinguimos unos objetos de otros y los separamos entre sí para luego reagruparlos de diversas maneras formando con ellos clasificaciones y taxonomías.

Nuestro esfuerzo por conocer el mundo que nos rodea pivota casi siempre sobre esas dos operaciones intelectuales complementarias y de signo opuesto: primero, reunimos percepciones dispersas y vinculamos ciertas cualidades a ciertos nombres, lo que nos permite concebir objetos inteligibles (esto es, que puedan ser manejados por el intelecto); luego, distribuimos los objetos así constituidos dentro de un puñado de categorías que segmentan, ordenan y jerarquizan internamente el ámbito de la realidad que estamos examinando.

El saber histórico no es una excepción. Pese a que la historia no puede considerarse en sentido estricto una ciencia empírica, los historiadores necesitamos asimismo, valiéndonos de los métodos propios de la disciplina, recurrir a ambas operaciones intelectuales para conjugar lo uno con lo múltiple (y viceversa). Por una parte, reducir la multiplicidad a unidad (mejor dicho, a una serie de unidades discretas); por otra, reagrupar dichas unidades en categorías, esto es, en unidades de un orden superior, más complejas, abstractas y organizadas. Para lo cual hemos de movilizar a un tiempo principios unificadores y sistemas de clasificación.¹

¹ En el dominio narrativo, los más sencillos acontecimientos imaginables, para serlo, tienen que ser etiquetados con anterioridad, *i. e.*, clasificados y relatados de algún modo (Paul A. Roth, "Narrative Explanations: The Case of History", pp. 8-10). Pero, por supuesto, categorizar y clasificar no son operaciones académicas en exclusiva, sino más bien una necesidad vital. Sin salirnos de nuestro

En la práctica, ambos procesos se superponen e intersectan. Buscar diferencias y descubrir coincidencias son dos movimientos inescindibles. Además, algunos de los resultados más relevantes de esos procesos llegan, por lo general, elaborados a las manos del científico –y del historiador en particular– antes de que éste comience su trabajo. De hecho, las dos estrategias intelectuales aludidas se solapan e implican unas a otras, y nada más es posible distinguirlas a efectos analíticos. La adscripción de un objeto a una categoría presupone la atribución a dicho objeto de un agregado de rasgos que debería compartir, al menos en parte, con todos los demás de su misma categoría (la palabra griega *κατηγορία* significa justo “cualidad atribuida a un objeto”).

Por lo demás, las características atribuidas a cada objeto suelen aparecer, una vez constituido éste, como fragmentos o bien como facetas de tal objeto-totalidad. Y, una vez agrupados, los diversos objetos que constituyen una clase pueden verse asimismo, de manera retrospectiva, como *disjecta membra* que sólo cobrarían sentido cabal como conjunto ordenado, es decir, al ser agrupados en esa categoría clasificatoria común que los reúne.

Y no es preciso decir que, ascendiendo por una escala que nos lleva de las más minúsculas subdivisiones a agrupaciones cada vez mayores, llegamos en lo más alto al esquema clasificatorio omnibarcante por excelencia: a la clasificación del conocimiento humano. Clasificaciones que históricamente no diferían en lo sustancial del ordenamiento del cosmos que se deseaba conocer, ya que durante siglos se creyó que la división de los saberes sugerida por los filósofos, aunque partiesen de las facultades o de las necesidades del ser humano, se limitaba a reflejar la estructura del mundo en un gran

terreno, cualquier suceso vivido por determinadas personas, antes de llegar a ser considerado un acontecimiento histórico (si es que llega a serlo alguna vez), tuvo que ser conceptualizado por ellas de algún modo: “La clasificación formal es una condición inherente a la acción simbólica” (Marshall Sahlins, *Islands of History*, p. 146). Mientras no se indique lo contrario, las traducciones de las citas tomadas de ediciones originales son mías.

cuadro sinóptico. En cualquiera de sus versiones antiguas o modernas, desde las tres grandes ramas de la ciencia que distinguió Aristóteles al “globe of the intellectual world” propuesto por Bacon y adoptado luego por D’Alembert y los enciclopedistas franceses, el *arbor scientiarum* no sería pues sino un trasunto del orden ontológico de todo lo existente.

En este trabajo exploraré sobre todo algunas cuestiones relativas a los modos en que los historiadores y otros científicos sociales solemos identificar, distinguir y clasificar a la gente del pasado, agrupándolas según diversos criterios: económico-sociales, políticos, étnicos, territoriales, etcétera. Vaya por delante que el historiador ordinario, lejos de construir los sistemas clasificatorios con los que opera, por lo general se limita a asumir los grandes marcos que le vienen dados por la tradición historiográfica en la que se ha formado. Justo por eso, es aconsejable que nos detengamos alguna vez a reflexionar sobre tales esquemas subyacentes, que hemos recibido como un valioso legado de nuestros maestros e informan en rigor nuestro trabajo sin ser apenas conscientes de ello.

Prestaré especial atención a un aspecto concreto de esta amplia problemática, a saber: ¿cómo afecta el paso del tiempo a estas clasificaciones? ¿Podemos aplicar las categorías sociales vigentes en cierto momento a una época anterior, o correr el riesgo de incurrir en graves anacronismos que desvirtúan de manera significativa el pasado que estamos intentando conocer? Más en particular, discutiré la legitimidad de la aplicación retrospectiva de ciertos criterios clasificatorios surgidos en determinadas circunstancias y coyunturas, pero dudosamente pertinentes para entender las pautas de comprensión por medio de las cuales la gente que vivió varios siglos antes se entendían a sí mismas y a sus mundos respectivos.

Para evitar equívocos, me apresuro a añadir que escribo desde una perspectiva historicista, según la cual es inútil buscar significados “auténticos” inherentes a los propios signos, hechos o textos,

independientes de los autores y actores, observadores o intérpretes que les otorgan sentido. Pienso por el contrario que todo significado —como todo conocimiento— es un significado situado, ligado a ciertas coordenadas de tiempo, lugar y persona, y me parece inconcebible un contenido semántico privado de un sujeto portador.² Lo cual no equivale, desde luego, a negar la existencia y la relevancia de comunidades de interpretación, tradiciones y concepciones heredadas que confieren a ciertos significados una indiscutible solidez y persistencia transpersonal, transespacial y transtemporal.³

Tampoco sería realista pretender alcanzar una comprensión perfectamente transparente de los mundos del pasado, una restitución cabal de los sentidos que los textos, hechos, prácticas o instituciones tuvieron para los que vivieron antes que nosotros. Puesto que el intérprete no puede desprenderse por completo de su bagaje intelectual y de un horizonte histórico en cambio permanente, prescindir de sus lentes conceptuales sería condenarse a sí mismo a la ceguera cognitiva.⁴ Por eso, aunque el paso del tiempo por lo general concede una indudable ventaja epistémica al historiador sobre los actores,⁵ el mínimo rigor deontológico exige que el historiador trate de depurar sus textos de inaceptables anacronismos.⁶ Para eso es recomendable que se esfuerce todo lo posible

² Mark Bevir, “In Defense of Historicism”.

³ Javier Fernández Sebastián, “*Ex innovatio traditio/Ex traditio innovatio*. Continuidad y ruptura en historia intelectual”.

⁴ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*. *Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, pp. 376-377, 452-458 y 477.

⁵ Mark Salber Phillips, “Distance and Historical Representation”. *Idem*, *On Historical Distance*. Mark Salber Phillips, Barbara Caine y Julia Adeney Thomas, *Rethinking Historical Distance*. Re-Enactment History.

⁶ Una discusión sobre la cuestión del anacronismo en la escritura de la historia, en Sami Syrjämäki, *Sins of a Historian. Perspectives on the Problem of Anachronism*, en especial pp. 34 ss., donde efectúa un breve repaso sobre la bibliografía más relevante. Uno de los ineludibles puntos de partida de esta discusión, en lo que se refiere a la historia intelectual, es por supuesto el clásico artículo de Quentin Skinner, “Meaning and Understanding in the History of Ideas” (1969). En un trabajo reciente, Mitrovic argumenta que muchos de los debates sobre anacronismos en historia derivan de un entendimiento esencialista que tienen los

por lograr una representación historiográfica fiel, *i. e.* compatible con las maneras de entender el mundo de los agentes del pasado.⁷

No todos los objetos de estudio “pasados” que uno puede imaginar desde el marco categorial desde el que escribe son plausibles ni legítimos. No lo sería, por ejemplo, un estudio de la *sociedad* y el *Estado* en la Edad Media, si uno aplica estos conceptos con la gama de significados que estos dos términos sólo llegaron a adquirir en los siglos XVIII y XIX. Confrontado con tal reto, el historiador corre el riesgo de componer en el mejor de los casos un relato teleológico en el que todos los sucesos aparecen alineados, hegeliamente destinados al cumplimiento de la “profecía retrospectiva” del glorioso advenimiento de una modernidad política cuyo mascarón de proa tendría que ostentar de modo supuesto esas dos figuras.⁸

ESPACIOS, TIEMPOS Y ACTORES EN LA INVESTIGACIÓN Y EN LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

Una de las muchas maneras de explicar las tareas propias del historiador sería describirlo como un profesional especializado en

conceptos, y ofrece una alternativa “intencionalista” que concibe a los conceptos como “identifying descriptions”, *i.e.*, como “mental representations that encode the complete lists of the classificatory criteria that are sufficient to identify an entity” (Branko Mitrovic, “Attribution of Concepts and Problems with Anachronism”, p. 313).

⁷ La “fidelidad” de las representaciones historiográficas choca siempre con un límite infranqueable: la imposibilidad de acceder a un inexistente “pasado en sí mismo” que al parecer se trataría de re-presentar. Carentes de ese “referente original” —una especie de imaginaria “realidad histórica” constituida por “lo que en realidad sucedió”— con el cual contrastar de manera empírica la exactitud y fiabilidad de lo que los historiadores escriben acerca del pasado, como dijo Mink en una frase famosa, “los relatos no los vivimos, tan sólo los contamos” (Louis O. Mink, *Historical Understanding*, p. 202. Véanse también los comentarios de Frank R. Ankersmit, *Meaning, Truth and Reference in Historical Representation*, p. 13).

⁸ Jean-Frédéric Schaub, “Le temps et l’État: vers un nouveau régime historiographique de l’ancien régime français”, p. 131.

una disciplina particular que, por medio de ciertas técnicas de investigación, interpretación y escritura, aspira a dar cuenta de fenómenos colectivos, acontecimientos y procesos relevantes sucedidos a los hombres y mujeres que vivieron en un pasado próximo o remoto.⁹ Para ello, partiendo de un amasijo de datos por lo común fragmentarios e insuficientes acerca de la fracción de pasado en la que en un momento dado concentra su foco de atención, el historiador ha de producir un texto, de ordinario bajo la forma de un relato más o menos complejo. Dicho texto podrá ser a su vez y a fin de cuentas un objeto de control crítico por sus pares de acuerdo con las convenciones de la comunidad científica a la que pertenece. Y el texto permanecerá abierto a la revisión y al debate, ya sea a la luz de nuevas evidencias o de interpretaciones alternativas de las mismas fuentes que manejó su autor.

La transformación de indicios y datos brutos, textos dispersos y fuentes fragmentarias acerca de una infinidad de sucesos ambiguos en una serie de hechos establecidos, acontecimientos innegables y procesos convincentes, no es tarea fácil. La complejidad de la operación historiográfica y de la escritura de la historia estriba, entre otras cosas, en el imperativo de acotar e imponer un cierto orden en el flujo amorfo, ilimitado y caótico del devenir. Señalar procesos, representarlos e interpretarlos son tareas que exigen del historiador una gran pericia para discernir lo relevante de aquello que es irrelevante, lo pertinente de lo superfluo, lo fundamental de lo accesorio. Y por supuesto, esa capacidad no puede dissociarse con facilidad de la destreza para tejer relatos coherentes que transmuten su materia prima –por lo general un montón de legajos polvorientos y semiolvidados, custodiados en archivos y bibliotecas– en

⁹ La evaluación sobre la relevancia de los fenómenos pasados que son merecedores de ser estudiados se efectúa sin variación desde el presente. En consecuencia, Jacob Burckhardt y Benedetto Croce no iban descaminados al sugerir, cada cual a su manera, que la historia “es el conjunto de lo que una época encuentra digno de atención en otra”, y que, en cierto modo, “toda la historia es historia contemporánea”.

artículos, monografías o ensayos historiográficos de interés para los especialistas (y con suerte también en ocasiones para un público más extenso).¹⁰

El punto de partida –y a veces también el de llegada– de la operación historiográfica suele ser el deslinde de unidades significativas que, al asignar bordes y fronteras de demarcación al material, sitúe al lector y al propio historiador ante un panorama abarcable, ordenado hasta lo mínimo e inteligible, de objetos y de sujetos identificables. Tales unidades o “individualidades historiográficas”, que sugieren a un tiempo líneas de continuidad y de discontinuidad, son de índole discursiva y no se corresponden por fuerza con divisiones “naturales” en el espacio y en el tiempo, ni tampoco con personas físicas, ni siquiera con *personae fictae*: no todos los objetos e instrumentos de estudio historiográfico son sujetos históricos. La Edad Media, la Revolución francesa o el Renacimiento italiano, por supuesto no lo son (como tampoco lo son Europa o Asia, Oriente u Occidente). En todo caso, se trata de entidades historiográficas menos sólidas e incuestionables que, por citar algunos casos, Alfonso X, Robespierre o Miguel Ángel. Pero, ¿qué sucede con las llamadas “clases sociales”, como “los siervos” o “la burguesía”, por referirnos a dos etiquetas reconocibles que aparecen con frecuencia en los libros de historia europea de los periodos mencionados? ¿Qué grado de ajuste a “las realidades del pasado” deberíamos atribuir a tales denominaciones referidas a la Europa del siglo XII, o a la Francia del siglo XVIII?

Las herramientas que de ordinario sirven para domeñar y encauzar el confuso fluir del acontecer en aquellos mundos pretéritos se aplican en lo fundamental a tres dimensiones o aspectos

¹⁰ Como ha argumentado, entre otros, Mark Bevir, la narrativa es una forma de explicación epistémicamente legítima: puesto que “no podemos tener percepciones puras de hechos dados”, nuestro conocimiento está siempre mediado por teorías, conceptos y categorías que nos ayudan a construir tanto nuestras experiencias como nuestras estructuras narrativas (Mark Bevir, “Narrative as a Form of Explanation”, pp. 17-18).

del pasado: el espacio, el tiempo y el factor humano. En lo que a la perspectiva espacial respecta, al poner manos a la obra el historiador acota por lo general sus territorios de referencia, ya sean ciudades o continentes, monarquías, imperios o naciones (huelga decir que estas últimas, las naciones, han acaparado en los últimos dos siglos una parte sustancial del esfuerzo historiográfico). Desde el punto de vista temporal, las periodizaciones más comunes (además de la división por décadas y siglos, que muchos miran casi como algo “natural”) suelen ser ciertas nociones epocales y conceptos coligatorios –colecciones significativas de muchos eventos y procesos– que a menudo llevan incorporadas interpretaciones del conjunto de hechos así aglutinados (y no carecen a veces de carga ideológica): la Era de las Revoluciones Atlánticas, el Antiguo Régimen, la Restauración, el Siglo de las Luces, la Guerra Fría, etcétera. Hay una cronología y una cronomimia típicamente europeas, occidentales en su mayor parte, y también crónimos peculiares para cada país o región.¹¹ La tercera perspectiva clásica se refiere a la manera en que serán clasificados los seres humanos objeto de investigación; tales clasificaciones moldean de antemano los actores colectivos o grupos de personas a los que al parecer les habrían correspondido papeles significativos en los procesos y sucesos estudiados y, en consecuencia, protagonizarán los relatos

¹¹ Véase, para el caso francés: Paul Bacot, Laurent Douzou y Jean-Paul Honoré, “Chrononymes. La politisation du temps”. Sobre conceptos coligatorios puede verse David Thompson, “Colligation and History Teaching”; William Whewell, *The Philosophy of the Inductive Sciences*, I, p. ix; William Henry Walsh, *An Introduction to Philosophy of History*, p. 48; *Id.*, “Colligation and Classification in History”; L. B. Cebik, “Colligation in the Writing of History”; C. Behan McCullagh, “Colligation and Classification in History”; William Dray, *Philosophy of History*, pp. 10-20. Puede verse también mi trabajo “Sobre conceptualización y politización de los procesos históricos”. La noción de “totalidades temporales” (“temporal wholes”), propuesta por Danto en su teoría de la historia –que guarda cierta afinidad con la de “conceptos coligatorios”– ilustra sobre la multiplicidad casi ilimitada de estructuras temporales que los historiadores pueden proponer para agrupar y dar sentido a unos mismos sucesos históricos (Arthur C. Danto, “Narrative Sentences”, en especial pp. 167-170).

que resulten de la investigación. Estas clasificaciones pueden ser, entre otras, de carácter étnico, religioso, socioeconómico o político-territorial.

Ahora bien, clasificar, “territorializar” y periodizar no son acciones inocentes. Lejos de entenderse como arreglos tan sólo instrumentales, anodinos en lo intelectual, António Hespanha subrayó hace años la virtualidad poiética, creadora, de las categorías y clasificaciones. Puesto que las mismas cosas pueden conceptualizarse de un modo o de otro, las categorías no reflejan “el mundo tal cual es”, sino que lo constituyen y le dan forma.¹² Así que no nada más es cierto que “las tentativas de recategorización son una especie de revolución”; también podría decirse, a la inversa, que las revoluciones, en la medida en que sus líderes subvierten las clasificaciones establecidas y llegan a ejercer un inapelable “poder de definir” (que lleva aparejado el privilegio demiúrgico de clasificar), implican una recategorización más o menos radical respecto al orden político y social. Como si el acto de definir, al modo aristotélico, *per genus et differentiam*, engendrarse de hecho performativamente los géneros y las diferencias invocados en la definición.¹³

SOBRE LA CRISIS ACTUAL DE LOS GRANDES MARCOS Y SISTEMAS CLASIFICATORIOS

Tal vez porque, como ha sucedido otras veces en la historia, atravesamos un momento de gran incertidumbre y transición acelerada hacia un futuro ignoto, a últimas fechas los criterios de clasificación habituales o han quedado obsoletos o están siendo cuestionados en

¹² António M. Hespanha, “Categorias. Uma reflexão sobre a prática de classificar”.

¹³ En este sentido, como puso de manifiesto Michel Foucault, el poder simbólico de nombrar y clasificar, insertando a los individuos en ciertos esquemas clasificatorios y dotándolos así de ciertas “identidades”, es un privilegio característico de la “gubernamentalidad” del Estado como principal agente de identificación y categorización en el mundo moderno.

serio. Se podría decir que la túnica con que durante décadas los historiadores hemos vestido a Clío de repente se nos antoja anticuada, y estamos ansiosos por cortarles nuevos trajes. El cuerpo de la historia en crecimiento, además, amenaza con hacer saltar las costuras de algunas prendas que se le han quedado pequeñas. Urge, pues, reponer su vestuario con diseños y tallas acordes con esas renovadas exigencias.

Desde el punto de vista territorial, hace años que un amplio sector de la historiografía, descontento con los tradicionales marcos nacionales que han ahormado tantos escritos históricos durante dos siglos, aboga por trascender las fronteras de los estados, yendo incluso más allá de la historia internacional comparada. Me refiero a las diversas modalidades de historia transnacional,¹⁴ como la llamada historia global o *world history*, *connected histories*, *entangled history* o *histoire croisée*. Con referencia a las discusiones sobre conceptualización de ciertas mesorregiones europeas, hace más o menos una década algunos empezaron a hablar de un *spatial turn* en la historia y las ciencias sociales.¹⁵ Si bien es cierto que estos debates han cobrado particular fuerza en la Europa centrooriental, también en otras zonas y en otros continentes se observan movimientos que tienen esa dirección. La tan traída y llevada historia atlántica es un ejemplo palpable; uno de sus principales impulsores justificaba su necesidad con estas palabras:

¹⁴ Michael McGerr, “The Price of the ‘New International History’”, y Ian Tyrell, “Ian Tyrell Responds”. Gunilla Budde, Sebastian Conrad y Oliver Janz (eds.), *Transnationale Geschichte: Themen, Tendenzen und Theorien*. Pierre-Yves Saunier, “Learning by Doing: Notes about the Making of the Palgrave Dictionary of Transnational History”. Idem, “Transnational”. Bartolomé Yun, “Localism’, Global History and Transnational History: A Reflection from the Historian of Early Modern Europe”. Matthias Middell y Lluís Roura (eds.), *Transnational Challenges to National History Writing*. Darina Martykánová y Florencia Peyrou (eds.), “La historia transnacional”, *dossier*.

¹⁵ Karl Schlögel, “Kartenlesen, Augenarbeit: Über die Fälligkeit des spatial turn in den Geschichts- und Kulturwissenschaften”. Doris Bachmann-Medick, “Spatial Turn”. Jörg Döring y Tristan Thielemann (eds.), *Spatial Turn: Das Raumparadigma in den Kultur- und Sozialwissenschaften*.

Los conceptos que usamos para periodizar y clasificar reflejan el estado de nuestros conocimientos, nuestras preocupaciones colectivas y nuestras maneras de pensar; estos conceptos cambian cada cierto tiempo a medida que cambian las circunstancias, que aumentan nuestros conocimientos y que disponemos de nuevos términos analíticos de los que podemos servirnos en busca de una mejor comprensión.¹⁶

En este sentido, el proyecto Iberconceptos, que en la fase actual de su desarrollo se ha dotado de un grupo para el estudio específico del tema “Territorio y soberanía” (coordinado por Ana Frega), se inscribe en una línea que apunta a una historia atlántica, transnacional, incluso postnacional.¹⁷

En cuanto a la dimensión temporal, los tradicionales formatos de “empaquetado cronológico” de la historiografía están asimismo sufriendo ataques recios desde diversos flancos. Por una parte, numerosos autores de la llamada historia poscolonial han denunciado las periodizaciones imperantes por su evidente sesgo eurocéntrico.¹⁸ Pero ni siquiera en Europa el esquema usual de las tres o cuatro edades –antigua, media, moderna y contemporánea, en la formulación que nos es más familiar– escapan a críticas demoleadoras. Parece claro que, aunque no sea más que por el inexorable

¹⁶ Bernard Bailyn, “Preface”, p. xix.

¹⁷ Todo parece indicar, en efecto, que la historia conceptual está ya madura para afrontar nuevos retos que trascienden los límites del Estado-nación: Guillermo Zermeño, “Sobre la condición postnacional en la historiografía contemporánea: el caso de Iberconceptos”.

¹⁸ Las críticas al “occidentalismo cronológico” han proliferado en los últimos años, en particular entre quienes cultivan los *subaltern studies* y la historiografía poscolonial, pero no sólo. Las periodizaciones pueden variar radicalmente si se adopta un punto de vista global; un ejemplo revelador: Jerry H. Bentley, al ampliar la óptica desde lo nacional a lo global, para tratar de identificar pautas de continuidad y de cambio, propone seis grandes etapas en la historia de la interacción cultural entre diferentes áreas del mundo. La última de esas épocas, que arranca en 1492 y llega hasta el presente, se correspondería con nuestras edades moderna y contemporánea (modern times): Jerry H. Bentley, “Cross-Cultural Interaction and Periodization in World History”.

paso de los años, ahora que hasta la posmodernidad se ha quedado vieja, muchos creen que la llamada “edad contemporánea” ha dejado de ser estrictamente nuestra *contemporánea* y pide a gritos un punto final (o un nuevo comienzo). Además, algunos historiadores no dejan de proponer cambios en ese esquema clásico, como por ejemplo la insistente propuesta de Le Goff de prolongar la Edad Media y eliminar el Renacimiento como un periodo histórico carente de rasgos en verdad distintivos respecto de los siglos que le precedieron.¹⁹ Pero sobre todo, a partir de algunos trabajos seminales de filósofos e historiadores del siglo xx (Husserl, Heidegger, Gadamer, Braudel, Koselleck, Ricoeur, entre otros), la reflexión sobre temporalidad e historicidad se ha enriquecido y complejizado durante las últimas décadas. De este modo, el tiempo ha dejado de ser visto como un simple contenedor neutro del transcurrir, y, más allá de las manoseadas controversias sobre periodizaciones, las reflexiones sobre duraciones y escalas del tiempo histórico, órdenes y rupturas del tiempo, cronotopos, experiencias de temporalidad y regímenes de historicidad, se han sofisticado en grado significativo.²⁰ Cada vez son más los autores que piensan

¹⁹ Jacques Le Goff, *Faut-il vraiment découper l'histoire en tranches?*

²⁰ Paul Ricoeur, *La Mémoire, l'histoire, l'oubli*. François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Idem, *Croire en l'histoire*. Ankersmit, *op. cit.*, pp. 29-47. Christophe Charle, *Discordance des temps. Brève histoire de la modernité*. Idem, *Homo historicus. Réflexions sur l'histoire, les historiens et les sciences sociales*. Myriam Revault-d'Allonnes, *La Crise sans fin. Essai sur l'expérience moderne du temps*. Chris Lorenz y Berber Beveridge (eds.), *Breaking up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*. Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*. Javier Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History*. María Inés Mudrovic y Nora Rabotnikof (coords.), *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria*. Fernando Nicolazzi, Helena Miranda Mollo y Valdei Lopes de Araujo (orgs.), *Aprender com a história? O passado e o futuro de uma questão*. Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García (dirs.), *Historicidades*. Me he ocupado de este tema con mayor detenimiento en “Historia, historiografía, historicidad. Conciencia histórica y cambio conceptual”. Además, numerosos trabajos publicados hace poco en diversas revistas especializadas como *History and Theory*, *Journal of the Philosophy of History* y otras ofrecen un gran interés.

que un sistema de temporalidades múltiples, en el que se contemplan ritmos diversos dependiendo del tema estudiado, es más adecuado que los rígidos esquemas de periodización lineal a los que la historiografía tradicional nos tenía acostumbrados.²¹ Es más: a últimas fechas en este terreno se están abriendo nuevas vías a las investigaciones empíricas, que dan muestras de creciente dinamismo. Algunos estudios de caso sobre historia de la historicidad y de las experiencias de tiempo han comenzado a desarrollarse de manera coordinada y sistemática.²²

También en el terreno de las categorías de clasificación social hemos asistido en las últimas décadas a un auténtico seísmo. La “crisis de las macrocategorías adscriptivas”, así denominada por Francesco Benigno en un libro reciente,²³ es sin duda un rasgo mayor de la llamada crisis de la historia y ha dado origen a algunos grandes debates metodológicos en los últimos treinta o cuarenta años. En el trasfondo de estos debates late a menudo la disyuntiva entre dos enfoques que producen descripciones muy distintas –a veces opuestas– de idénticos fenómenos: 1) la perspectiva *etic*, que proyecta sobre los agentes las categorías científicas explicativas del

²¹ Helge Jordheim, “Against Periodization: Koselleck’s Theory of Multiple Temporalities”.

²² Los integrantes del grupo de Iberconceptos III dedicado al estudio de los problemas de temporalidad e historicidad hemos celebrado en fecha reciente dos congresos en Bilbao y en São Paulo, en la Universidad del País Vasco y en la Universidade de São Paulo, respectivamente, sobre esta temática: Congreso Internacional *Geschichtliche Zeiten/Tempi storici/Tiempos históricos: Temporalidad e historicidad desde la historia conceptual*, Grupo de Historia Intelectual de la Política Moderna/Iberconceptos y Departamento de Filosofía/Universidad de Valencia, Bilbao, Bizkaia Aretoa, 21-22 de noviembre de 2013 (en colaboración con el grupo de investigación dirigido por Faustino Oncina). Colóquio Internacional “Experiências de tempo nos séculos XVIII e XIX (Iberconceptos 3)”, Universidade de São Paulo, 23 a 25 de abril de 2014.

²³ Francesco Benigno, *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*. Véase sobre todo, Benigno, Francesco, “Introducción. Hacer historia en tiempo de memoria”, p. 52. Tanto en las ciencias sociales como en las naturales parecen surgir objetos mixtos por doquier. Así, Bruno Latour ha subrayado que la mayoría de los objetos de la ciencia son “híbridos de naturaleza y cultura” (Bruno Latour, *Nous n’avons jamais été modernes. Essai d’anthropologie symétrique*).

observador externo; 2) la perspectiva *emic*, que aspira a comprender las cosas del modo más próximo al punto de vista del nativo.²⁴ En el terreno que nos ocupa, el primer enfoque se correspondería con una lógica “objetivista”, que adscribe los seres humanos del pasado a un grupo o a otro al aplicar las herramientas analíticas del historiador; el segundo respondería a una lógica “subjetiva”, autoatributiva: lo que importa entonces sobre todo es la conciencia de pertenencia de los agentes involucrados, su autodefinición compartida.

Los ilustrados del siglo XVIII, quienes estaban fascinados por las clasificaciones tanto del mundo natural como de las realidades humanas, inventaron algunos de los sistemas taxonómicos más exitosos y perdurables (es muy significativo que términos como *clasificación* y *clasificar* se acuñasen en el setecientos). Tras ellos, los principales teóricos de la modernidad positivista y cientifista, en su época de apogeo desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX, estaban convencidos de que existía sólo una forma “correcta” de ordenar y clasificar cada sector de la realidad de acuerdo con “la naturaleza de las cosas”, y que las líneas de demarcación entre las diferentes *clases* de objetos debían ser claras y nítidas.²⁵ Para Karl Marx, por ejemplo, la forma de clasificar correctamente a los hombres bajo el modo de producción feudal era en señores y siervos, mientras que bajo el capitalismo el conflicto principal era el que enfrentaba a burgueses y proletarios.

Hoy hemos despertado también de ese “sueño dogmático”. Sabemos desde hace tiempo de la ambigüedad inherente a muchos escenarios culturales, políticos y sociales. Y no podemos ignorar

²⁴ Es habitual señalar un cierto paralelismo entre esta dicotomía lingüístico-antropológica de Kenneth Pike y la clásica distinción droyseniana-weberiana entre *Erklären* y *Verstehen*. Mientras que la aproximación *etic* casaría bien con la búsqueda de explicaciones causales, la perspectiva *emic* busca más bien un entendimiento interpretativo, congruente con los significados que los agentes involucrados dan a sus comportamientos.

²⁵ Nikolay Koposov, *De l'imagination historique*, pp. 103 y 255.

que un mismo fenómeno puede muy bien ser clasificado bajo dos o más rúbricas diferentes, incluso contradictorias e incompatibles entre sí.²⁶

DE LA CLASE A LA IDENTIDAD

El énfasis en la construcción cultural de las categorías sociales, étnicas y políticas ha propulsado una nueva metacategoría al primer plano de la investigación en este campo, en las tres últimas décadas. Me refiero a *identidad*, una noción oscura y elusiva cuya espectacular expansión —en paralelo con otras como *memoria* y *género*—²⁷ no puede menos de sorprender al observador interesado en la epistemología de las ciencias sociales. “Identidad”, que es entendida como “una definición compartida e interactiva producida por varios individuos o grupos” (“an interactive and shared definition produced by several individuals or groups”) orientada a la acción común y que está en el origen de un *nosotros*, *i. e.* de un nuevo actor social,²⁸ surgió como concepto sociológico en la década de 1960, acompañando al auge de los que entonces empezaron a ser llamados “nuevos movimientos sociales” y pronto conoció un éxito fulgurante.

Convertida en nueva clave de legibilidad de las realidades sociales, este tipo de identidad (grupala, social o colectiva) tiene la ventaja de su aparente plausibilidad tanto desde la perspectiva *etic*

²⁶ Thomas Gil, “Progreso, libertad, felicidad. Conceptos clave del mundo moderno”, pp. 390-391.

²⁷ Hay que recordar que el lanzamiento del concepto (cultural) de *género* como herramienta analítica en la academia angloamericana de la década de 1970 estuvo ligado a algunas destacadas líderes del movimiento feminista, en su esfuerzo por “desnaturalizar” el sexo y que dejase de ser contemplado en su faceta sólo biológica: Joan W. Scott, “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”. Poco después, junto a la raza y la clase, el género constituía uno de los tres elementos de la “holy trinity of literary criticism” en la academia norteamericana: Kwame Anthony Appiah y Henry Louis Gates, Jr., eds., “Identities”, p. 625.

²⁸ Alberto Melucci, “The Process of Collective Identity”, p. 44. Benigno, *Las palabras del tiempo, op. cit.*, pp. 55-82 (cap. “Identidad”).

como desde la *emic*. Pues, si bien es cierto que para el científico social cualquier identidad colectiva es una construcción cultural, quienes abrazan y hacen suya una u otra identidad de esa clase suelen considerarla algo cuasinatural; tan natural que a menudo no la ven en absoluto como algo construido. La identidad podría, entonces, ser considerada en general como una macrocategoría analítica, “objetiva”, y, a la vez, en cada una de sus determinaciones concretas, como una forma de pertenencia, ya sea a un grupo social, étnico, nacional, de edad, de orientación sexual, etcétera, subjetivamente autoasumida (y, en la medida en que se ha reificado, como una construcción que se ignora a sí misma como tal construcción).²⁹ Esta alegada compatibilidad con ambas ópticas *etic* y *emic* parecería disolver el dilema entre los dos polos de esa disyuntiva.³⁰ Sin embargo, las cosas no son tan sencillas.³¹

²⁹ Esta división se solapa en parte con el clásico debate entre dos maneras alternativas de entender la identidad colectiva: como proceso o como producto de la acción social; véase, por ejemplo, Cristina Flesher Fominaya, “Collective Identity in Social Movements: Central Concepts and Debates”, pp. 396-398. Y también, hasta cierto punto, con la distinción de Ricoeur entre una identidad *idem* y una identidad *ipse* –la primera, diacrónica, objetiva y externa; la segunda, sincrónica, subjetiva e interna– (Paul Ricoeur, *Soi-même comme un autre*).

³⁰ El hecho de que la palabra *identidad* (colectiva), usada al principio como *terminus technicus* por los teóricos de los ya no tan nuevos “nuevos movimientos sociales”, haya pasado a ser de uso común contribuye asimismo a difuminar el contraste entre ambas perspectivas.

³¹ A comienzos de este siglo vio la luz una incisiva crítica del uso indiscriminado y abusivo de “identidad” como concepto analítico por los científicos sociales (Rogers Brubaker y Frederick Cooper, “Beyond ‘Identity’”). Brubaker y Cooper, autores del artículo, abogaban por sustituir en muchos casos aquella herramienta tosca de categorización multiusos, al parecer particularista-universalista (*identity*), por otras más refinadas, como “autocomprensión colectiva” (*collective self-understanding*). Tal propuesta se correspondería con aproximaciones que inciden más en la conectividad relacional (*relational connectedness*) que en la “grupalidad” (*groupness*) de las personas, señalando que para ellas muchas veces podrían haber resultado más significativos ciertos lazos débiles de conexión y redes de correspondencia mutua que un supuesto conjunto de rasgos fuertes compartidos como base de estrictas clasificaciones categoriales (*categorical commonality*). Piénsese, por ejemplo, en las categorías de “homosexual” o “heterosexual” que, según Ian Hacking, sólo se acuñaron a finales del siglo XIX. De modo que, aunque la actividad sexual entre personas de sexos distintos o del mismo sexo con toda

Una visión panorámica de los debates que en el último medio siglo se han suscitado entre los historiadores franceses sobre el tema de las clasificaciones sociales resulta muy ilustrativa de la evolución de la historiografía en este punto. En la década de los años sesenta del siglo pasado estalló en Francia un sonado debate en el que tomaron parte varios afamados historiadores acerca de cuál era la forma más adecuada de clasificar a las gentes que vivieron bajo el *ancien régime*. Con ello, se buscaba establecer nada menos que la “verdadera” jerarquía o estratificación social en los siglos que precedieron a la Revolución. Mientras que Ernest Labrousse y Pierre Vilar, desde una perspectiva socioeconómica, se ceñían a la clásica división en clases que correspondía a ese momento de feudalismo tardío, Roland Mousnier y otros sostenían que era preferible atenerse a criterios jurídico-estamentales, acordes con los términos de demarcación social vigentes en aquella época. La alternativa entre un modelo de *société d'ordres* y otro de *société de classes* puede ser interpretada en principio como un caso más de la disyuntiva entre los enfoques “subjetivista” y “objetivista” más arriba mencionada, si bien los derroteros ulteriores de la discusión, oscilando entre el constructivismo social, el cultural y el lingüístico, añaden complejidad a esta disputa.³²

El análisis comparado de una secuencia de trabajos publicados con intermitencia a partir de los años setenta del siglo pasado en diversas obras de referencia de la historiografía francesa permite inferir las grandes líneas de aquel debate.³³ Desde que, a mediados

probabilidad ha existido desde siempre, la pertenencia a una de esas categorías clasificatorias tendría poco más de un siglo de existencia (Ian Hacking, “Making Up People”, p. 103; véase al respecto la discusión de Adrian Haddock, “Anachronism and the Inviduation of Concepts”, pp. 268-271).

³² Koposov, *De l'imagination historique, op. cit.*; para lo que aquí interesa, véase sobre todo el capítulo 2: “Sémantique des catégories sociales”, pp. 73-105. Por paradoja algunos historiadores optaron por una clasificación socioprofesional que se inspiraba en los criterios de la estadística oficial entonces en vigor, elaborada por la administración francesa a mediados del siglo xx (!).

³³ Georges Duby, “*Histoire sociale* et idéologie des sociétés”. Roger Chartier y Daniel Roche, “*Histoire Sociale*”. Yves Lequin, “*Histoire sociale*”. Simona Cerutti,

de los años setenta, los impulsores de la *nouvelle histoire* de la tercera generación de *Annales* propusieron un giro hacia la *histoire des mentalités* hasta las discusiones actuales acerca de la memoria y la función social de la historia ha corrido mucha agua bajo los puentes de la disciplina. El sentido general de esa evolución, en lo que a nuestro tema respecta, no ofrece dudas: los cultivadores de la historia social fueron mostrando un interés creciente por las prácticas y los lenguajes sociales, las representaciones e imaginarios, las costumbres y el mundo simbólico en general, abandonando poco a poco no sólo el concepto de clase *en sí*, sino todo tipo de entidades colectivas de corte objetivista.

Frente a ciertas categorías grupales puramente analíticas que parecían insuflar vida a actores ficticios o improbables, los historiadores enfatizaban más y más la idea de que cualquier clasificación social no es un dato natural u objetivo, sino que siempre es el resultado de una construcción sociocultural. Mientras que, según observaban Roger Chartier y Daniel Roche citando a Jean-Claude Perrot en 1978, “los grupos sociales son al mismo tiempo lo que piensan ser y lo que ignoran que son”,³⁴ Antoine Prost afirma de modo categórico en 1997 que “le groupe n'existe que dans la mesure où il est parole et représentation, c'est-à-dire culture”.³⁵ Por su parte, Simona Cerutti criticaba la proyección al pasado de las nomenclaturas socioprofesionales (*socioprofessionnelles*) actuales, y sugería las consecuencias deletéreas que nuestro conocimiento de las sociedades del antiguo régimen pueden tener sobre las clasificaciones anacrónicas. Utilizar estratificaciones ajenas a la época es servirnos de mallas de lectura que inducen a error. Por un lado esos vocabularios nos hacen ver grupos inexistentes en aquella época

“La construction des catégories sociales”. Déborah Cohen, “Catégories sociales et discours sur la société”. La lectura sucesiva de estos textos de 1974, 1978, 1986, 1995 y 2013 muestra el progresivo eclipse del viejo paradigma estructuralista de la historia social y su sustitución por una variedad de aproximaciones en las cuales el papel de los factores simbólicos, discursivos y culturales es cada vez mayor.

³⁴ *Apud* Chartier y Roche, “Historia social”, *op. cit.*, p. 581.

³⁵ Antoine Prost, “Sociale et culturelle indissociablement”, p. 137.

como si fueran reales; por otro, nos ocultan rasgos significativos de las sociedades que pretendemos analizar.³⁶

La crítica a las aproximaciones socioeconómicas inspiradas por el marxismo se agudizó con el hundimiento del sistema soviético, hasta el total arrumbamiento del paradigma labroussiano. La nueva historia sociocultural y las variopintas tendencias historiográficas que le siguieron vinieron acompañadas de una insólita multiplicación de los objetos y de los enfoques (y también de los sujetos colectivos). Frente al viejo ideal *annaliste* de una *histoire totale*, pudo hablarse de una fragmentación o “desmigajamiento” de la historiografía (según la caracterización que propusiera François Dosse en un famoso ensayo).³⁷ Desde entonces, si algo está claro es que los historiadores han renunciado hace tiempo al ambicioso objetivo de desarrollar una *histoire totale*, que un día inspiró a los *Annales*, y se conforman con realizaciones más modestas, si bien yo diría que en los últimos años un sector de la historiografía ha ganado en reflexividad lo que ha perdido en certidumbre científica.

Al hilo de estos debates en torno a la historia y sus métodos, diversos estudiosos han insistido en la necesidad de que el historiador reflexione críticamente sobre los supuestos cognitivos y los conceptos subyacentes que guían de manera tácita su trabajo. Hace cuatro décadas, Paul Veyne sostenía que “le rangement d'événements dans des catégories exige l'historisation préalable de ces catégories”.³⁸ Autores como Pocock o Bourdieu han reclamado con parecidas palabras la historización propedéutica de los instrumentos de conocimiento de las ciencias sociales.³⁹

³⁶ Cerutti, “La construction des catégories sociales”, *op. cit.*, pp. 225-227.

³⁷ François Dosse, *L'histoire en miettes. Des “Annales” à la nouvelle histoire*.

³⁸ Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, p. 95.

³⁹ J. G. A. Pocock, resección del libro de Jack H. Hexter, *Reappraisals in History*, *apud* Olivier Christin, *Dictionnaire des concepts nomades en sciences humaines*, pp. 11-12 (Introducción). (Véase mi resección: Javier Fernández Sebastián, “Concepts voyageurs et douanes intellectuelles. Historiciser le vocabulaire des sciences sociales”. “Paradoxalement”, escribe Bourdieu, “les historiens ne sont pas assez historiens quand il s'agit de penser les instruments avec lesquels ils pensent l'histoire. Il ne faut jamais prendre les concepts de l'histoire (ou de la sociologie) qu'avec des pincettes historiques” (*apud* Antoine Prost, *Douze leçons sur l'histoire*, pp. 176-177).

“Toda explicación de las conductas y procesos sociales requiere un análisis minucioso del proceso de formación histórica de los propios conceptos”, ha escrito Miguel Ángel Cabrera.⁴⁰ Es más: como consecuencia de la crisis de la modernidad, “la formación histórica de los conceptos no sólo se convierte en un tema primordial de investigación, sino que [...] constituye el verdadero nacimiento de la teoría social”.⁴¹

De hecho, conceptos tan básicos para lo que aquí nos importa como historia, individuo o sociedad, clase, raza o identidad –pero también ciencia, objetividad y muchos otros–, están siendo objeto en los últimos tiempos de análisis históricos rigurosos e iluminadores.⁴² En vez de dar por supuestas dichas categorías y tomarlas como punto de partida para el estudio de los fenómenos sociales e institucionales, ellas mismas se convierten en objeto prioritario de investigación. Estos análisis nos permiten comprender, por ejemplo, que el concepto de sociedad, en un sentido reconocible por nosotros, no empezó a desarrollarse hasta la segunda mitad del siglo XVIII, y sólo llegó a ser un objeto de estudio científico en la centuria siguiente. Hubo que esperar hasta las primeras décadas del siglo XIX para que “clase” se convirtiera en el término convencional de estratificación social, marcando una ruptura con los imaginarios jerárquicos anteriores. Y, del mismo modo, en el salto del siglo XX al XXI, coincidiendo con la llamada posmodernidad, hemos asistido al ascenso irresistible de la noción de identidad en

⁴⁰ Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, p. 180.

⁴¹ Miguel Ángel Cabrera, *Postsocial History. An Introduction*, pp. xvi-xvii.

⁴² Para no sobrecargar de referencias estas notas, me limito a señalar algunos trabajos sobre la formación de los conceptos de sociedad/social y de clase. Para el primero, puede verse: Peter Wagner, “An Entirely New Object of Consciousness, of Volition, of Thought’: The Coming into Being and (Almost) Passing Away of ‘Society’ as a Scientific Object”; *Idem*, *A History and Theory of the Social Sciences*; véanse también los ensayos reunidos por Laurence Kaufman y Jacques Guilhaumou (dirs.), *L’invention de la société. Nominalisme politique et science sociale au XVI^e siècle*. Yair Mintzker, “A Word Newly Introduced into Language’: The Appearance and Spread of ‘Social’ in French Enlightened Thought, 1745-1765”. Para el segundo, puede verse: Marie-France Piguet, *Classe. Histoire d’un mot et genèse d’un concept des physiocrates aux historiens de la Restauration*.

diversas disciplinas y escenarios académicos de las ciencias sociales. Del periodo temprano-moderno al posmoderno, pasando por la larga etapa propiamente moderna, hemos visto sucederse, pues, tres macroconceptos o categorías clave para marcar diferencias y clasificar a las personas, cada una de ellas basada en un criterio distinto –jurídico, económico y cultural, respectivamente–: *estamento, clase e identidad*.⁴³

Llegados a este punto, es hora de entrar a discutir la cuestión que planteaba al comienzo de estas páginas, a saber, el problema del anacronismo en las categorías de clasificación. ¿Es lícito usar conceptos y categorías que no existían en una determinada época para identificar, calificar y clasificar desde la distancia a quienes vivieron en ella? Y, de un modo más general, ¿procede aplicar de modo retrospectivo patrones de comprensión ajenos a los seres humanos y comunidades desaparecidos, que mientras pisaron la tierra se percibían a sí mismos de manera diferente en lo sustancial para explicar sus comportamientos?

Hay que recordar que la razón de ser de la historia conceptual reside en ayudar al lector y al historiador a distinguir, con la mayor claridad posible, el lenguaje analítico de los científicos sociales de nuestros días del lenguaje de las fuentes (esto es, de los discursos que registran las formas de entender el mundo de las generaciones extintas y que han llegado a nosotros como vestigios de un pasado más o menos lejano). Esa distinción permite combatir esa forma de narcisismo epistemológico a la que llamamos presentismo, y que, desde la perspectiva que aquí interesa, consiste en esencia en asimilar el pasado al presente.

Para mantener a raya la tentación presentista hay que hacer frente a varios géneros de anacronismos, incluyendo uno de tipo cognitivo y otro axiológico. En virtud del primero debiéramos

⁴³ Por supuesto, cabría añadir a este esquema diversas nociones clasificatorias basadas en otros criterios: religioso, lingüístico, incluso biológico, como es el caso de la raza, un concepto “científico” surgido a mediados del XVIII y reforzado en el XIX con la obra de Gobineau, hasta llegar a su paroxismo bajo el nazismo.

preguntarnos, por ejemplo, si los conceptos modernos de raza, género, identidad, clase o nación son aplicables a un pasado lejano en el que tales nociones no existían.⁴⁴ La segunda cautela nos previene contra los riesgos de usar etiquetas morales o políticas (por lo general éstas son denigratorias) derivadas de aquellos conceptos. ¿Podemos calificar de *nacionalistas* o de *racistas* determinadas conductas de nuestros antepasados que parecen asemejarse a las que hoy tildamos de tales, aunque no encajen estrictamente en aquellas denominaciones al faltar en la época considerada los conceptos en que se basan tales actitudes?⁴⁵

Así, por referirme al caso de Europa, ¿hubo o no luchas de *clases* en la Antigüedad, *identidad* femenina y movimientos de mujeres en la Edad Media, colectivos de *homosexuales*, conflictos *raciales* y guerras *nacionalistas* en la temprana Edad Moderna? Por supuesto, el examen a fondo de cada una de estas cuestiones requeriría de un espacio del que no disponemos. Me limitaré, por tanto, a plantear una reflexión general sobre este tema. Para ello utilizaré como piedra de toque las posiciones que sostuvo al respecto uno de los grandes clásicos decimonónicos de la teoría social.

HISTORICIDAD DE LOS CONCEPTOS CLASIFICATORIOS Y CRONOCENTRISMO METODOLÓGICO: EL CASO DE KARL MARX

El tema de la “retroyección” de los conceptos y las categorías fue planteado con agudeza por Karl Marx hace un siglo y medio. Un

⁴⁴ Véanse las sensatas advertencias de Brubaker y Cooper sobre el riesgo que el abuso de la categoría de “identidad” conlleva de incurrir en explicaciones anacrónicas y teleológicas (Brubaker y Cooper, “Beyond ‘Identity’”, *op. cit.*, pp. 25 y 31), así como los comentarios de Peter Burke y R. Po-chia Hsia sobre el uso retrospectivo de los conceptos de “policy” y de “propaganda”: Peter Burke y R. Po-chia Hsia (eds.), *Cultural Translation in Early Modern Europe*, pp. 7-8.

⁴⁵ Max Sebastian Hering Torres, “‘Limpieza de Sangre’ ¿Racismo en la edad moderna?”. Jean-Frédéric Schaub, “Le sentiment national est-il une catégorie pertinente pour comprendre les adhésions et les conflits sous l’Ancien régime?”.

pensador de formación historicista como él era sin duda muy consciente de que a medida que “nos internamos” en el pasado van apareciendo obstáculos epistemológicos que dificultan nuestra comprensión de esos mundos cada vez más distantes. El historiador no debiera traspasar tales “umbrales conceptuales” sin desprenderse de alguna parte de su bagaje intelectual. En concreto, convendría que fuera dejando a un lado aquellos conceptos que todavía no se habían inventado, y por tanto eran a la letra impensables en la época a la que quiere remontarse. Tal principio de irretroactividad intelectual sería entonces la mínima cautela que, como historiadores, estaríamos obligados a aplicar si de verdad deseamos entender a los actores en sus propios términos.⁴⁶

Uno de los pasajes donde Marx muestra su aguda conciencia de la historicidad de los conceptos se encuentra en las primeras páginas de *El Capital*. Allí explica, el teórico alemán, que Aristóteles no entendió a plenitud que el valor de las mercancías es la expresión de la cantidad de trabajo humano necesario para producirlas. A pesar de su perspicacia, Aristóteles no pudo entenderlo, sostiene Marx, porque tropezó con un obstáculo epistemológico insuperable: la carencia del concepto adecuado de valor. Para formar ese concepto, primero había que ser capaz de imaginar la equivalencia fundamental de todos los trabajos efectuados por el ser humano. Esa equivalencia, a su vez, era inconcebible en un contexto esclavista como el de la Grecia antigua, y únicamente podía pensarse “a partir del momento en que la idea de la igualdad humana poseyese ya la firmeza de un prejuicio popular”. Ahora bien, tal prerequisite sólo se alcanzó en la sociedad capitalista del tiempo en que Marx escribía. Por tanto, concluye, “fue la limitación histórica

⁴⁶ Por supuesto, Marx no formuló jamás dicho principio de esta manera. No obstante, de acuerdo con los supuestos de su concepción materialista de la historia, según la cual la producción es la base de todo el orden social, consideraba que los cambios en el nivel ideológico son consecuencia de las transformaciones previas en la infraestructura económica. Como veremos de inmediato con respecto a un punto muy concreto de la filosofía aristotélica, la posibilidad de que ciertos conceptos sean inventados y perfeccionados depende asimismo en última instancia de las condiciones de producción.

de la sociedad de su tiempo, la que le impidió [a Aristóteles] desentrañar en qué consistía en rigor esta relación de igualdad” (y en consecuencia comprender la teoría del valor-trabajo).⁴⁷

Esta probada sensibilidad histórico-conceptual de base materialista, sin embargo, no evitó que el propio Marx incurriese a veces en flagrantes anacronismos. Es más: defendió con vehemencia la pertinencia con fines heurísticos de una forma de anacronismo metodológico. Veamos.

Un decenio antes de la publicación del volumen I de *El Capital*, en sus manuscritos de crítica de la economía política (más conocidos como los *Grundrisse*), Marx escribe que “las categorías más abstractas, a pesar de su validez –precisamente a causa de su abstracción– para todas las épocas, sin embargo, en la determinación de esta abstracción misma, son producto de relaciones históricas y sólo poseen plena validez para y dentro de estas relaciones”. Así, continúa, puesto que

la sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada y compleja [...] [l]as categorías que expresan sus relaciones [...] permiten comprender al mismo tiempo la organización y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad pasadas, con cuyas ruinas y elementos ella ha sido edificada, de los cuales ella continúa arrastrando en parte consigo restos todavía no superados, mientras que meros indicios han desarrollado en ella todo su significado.

En este punto recurre a la metáfora biológico-evolucionista de inequívoco aroma darwiniano: “En la anatomía del hombre está la clave para la anatomía del mono. Los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores sólo pueden ser comprendidos cuando la forma superior misma ya es conocida. La economía burguesa suministra, por lo tanto, la clave de la economía antigua, etc.”

⁴⁷ Karl Marx, *El Capital*, libro I, sección I, cap. 1, § 3.

Y concluye con lo siguiente, que constituye un verdadero epítome del razonamiento teleológico: “El llamado desarrollo histórico descansa en general en el hecho de que la última forma considera a las formas pasadas como estadios que conducen a ella misma”.⁴⁸

De modo muy hegeliano, en suma, Marx reconoce la legitimidad de la proyección sistemática de las nuevas categorías recién inventadas hacia el pasado, entendido justo ese pasado como el camino que conduce al presente a medida que se van “descubriendo” (y desplegando de manera progresiva) dichas categorías, que por paradoja arrojarían luz sobre el tiempo anterior a su advenimiento. Aunque históricamente específica, la invención de un concepto es entonces re-descrita como “descubrimiento”. Ya se sabe: la lechuzza de Minerva nada más extiende sus alas al anochecer.

Así, la observación de los conflictos entre burguesía y proletariado a mediados del siglo XIX le lleva a Marx a perfilar su teoría de la lucha de clases y extrapolarla al pasado de la humanidad en su conjunto. La historia universal, según el célebre *dictum* de Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, no sería en esencia otra cosa que la historia de la lucha de clases.⁴⁹ Y, como hemos visto arriba, a propósito de su teoría del valor, el capitalismo del siglo XIX ilumina de modo retrospectivo la historia lejana, y permite entender, por ejemplo, las aporías e insuficiencias de las doctrinas aristotélicas sobre el valor de las mercancías.

En la medida en que Marx asume la modernidad industrial europea –y la esperada superación de sus contradicciones capitalistas por medio del socialismo– como estación término de todos los convoyes del pasado, adopta un anacronismo metódico, una suerte de “presentismo futurista” radical. Su punto de vista es no

⁴⁸ Karl Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, pp. 30-31.

⁴⁹ En realidad, varios autores –Guizot, Tocqueville y otros más– habían planteado una visión de la historia en la que la lucha de clases jugaba una función muy importante. El propio Marx reconoció, en una carta muy citada a J. Weydemeyer (5 de marzo de 1852), que él no fue quien inventó las clases ni la lucha de clases.

nada más eurocéntrico, sino “modernocéntrico” sin más. El capitalismo y el socialismo aparecen en su obra –en el presente y en un hipotético futuro– alineados como el punto de fuga en el que converge la totalidad de los vectores de la historia universal, así que todos los segmentos del pasado son vistos como una serie de esbozos imperfectos del presente, en camino hacia un esplendoroso futuro de emancipación. Así, una vez fijada la modernidad como el *telos* inevitable de la historia mundial, su obra sería un ejemplo excelso de esa “tendencia a ver a las gentes del pasado más lejano como errados o deficientes, tan sólo porque fueron distintos de nosotros”, criticada por Lynn Hunt en un trabajo reciente.⁵⁰

Esa tendencia a usar cierta modernidad estereotipada como vara de medir de todos los procesos históricos implica en el fondo desprecio e incompreensión por el pasado en su irremediable alteridad: “Nosotros [los historiadores actuales] ‘vacilamos entre desestimar a las gentes de la Edad Media como bárbaros, o venerarlos como creadores de nuestra civilización’. No conseguimos respetarlos en sus diferencias”⁵¹. Desde esta perspectiva, la filosofía de la historia marxista es sólo un ejemplo de una actitud intelectual muy extendida, que prevalece de manera abrumadora durante el siglo XIX y gran parte del XX y que podríamos denominar “(auto) cronocentrismo teórico”. Una actitud que sin duda pareció por mucho justificada a nuestros predecesores en tiempos en que imperaba una confianza ciega en “las leyes del progreso”, pero que hoy algunos empiezan a considerar inadmisibles, narcisista y autosatisfecha.

CONSIDERACIONES FINALES. POR UNA HISTORIA MÁS HISTÓRICA

Puesto que este trabajo es parte del proyecto Iberconceptos, que comenzamos hace una década, antes de terminar me gustaría añadir

⁵⁰ Lynn Hunt, “Globalisation and Time”, p. 211.

⁵¹ *Ibidem*, p. 210, citando a Constantin Fasolt, *The Limits of History*.

algunas observaciones acerca de la oportunidad de nuestra empresa, que se inscribe en un amplio contexto de discusión historiográfica. Uno de los equipos de trabajo de la tercera fase de Iberconceptos centra sus tareas en específico en los “Linguagens da identidade e da diferença no mundo Iberoamericano: classes, corporações, castas e raças”. El campo semántico de las distinciones jurídicas, étnicas, políticas, socioeconómicas e ideológicas se reveló fluido en grado extremo en la era de las revoluciones liberales y de independencia en el Atlántico ibérico, cuando diversos marcadores identitarios se vieron sometidos a rápidas y sorprendentes fluctuaciones. No en vano, como hemos señalado más arriba, las revoluciones se presentan por lo común acompañadas de graves crisis político-identitarias y cursan con cambios drásticos en los conceptos y las categorías adscriptivas (las que incluyen algunas etiquetas tan decisivas como la nacionalidad y la ciudadanía). De ahí que sea en tales periodos de transición cuando en especial es importante aquilatar las cambiantes categorías identitarias utilizadas por los actores y confrontarlas con los instrumentos de clasificación manejados por el historiador.⁵²

No obstante, como toda perspectiva histórica —*i. e.*, retrospectiva—, el punto de vista del historiador conceptual varía con el tiempo, y este movimiento afecta de modo inevitable a la representación de un pasado que ya se esfumó. Pese a su carácter efímero, el esfuerzo de reflexividad que este enfoque supone merece la pena. Distanciarse uno mismo y distanciar al lector de sus propias preconcepciones es una condición necesaria para forjar una visión del pasado más refinada, que tome en serio su alteridad; una visión que, en lugar de confirmar los prejuicios del tiempo en el que vive, fortalezca su conciencia de historicidad.⁵³

Así, no todos los objetos de investigación que uno puede imaginar son sujetos históricos. Dicho de otra manera, no todas las

⁵² Me he ocupado de algunos de esos cambios identitarios en mi trabajo “Liberales sin fronteras. Cádiz y el primer constitucionalismo hispánico”, *in fine*.

⁵³ Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Tiempos de transición en el Atlántico ibérico. Conceptos políticos en revolución”.

unidades de comprensión conceptualizables son unidades de acción. Una cosa es agrupar un conjunto de sucesos y de fenómenos sociales para construir con ellos un objeto de estudio, y otra muy distinta pretender que tal objeto tuvo vida propia. Ilustraré en pocas palabras esta cuestión con dos ejemplos. Primero: parece que en el Brasil colonial no hubo “criollos”. Aunque por supuesto hubo muchos descendientes de portugueses peninsulares viviendo en aquella región sudamericana, el concepto “criollo” –fundamental en la América hispana– no rige en el área lusobrasileña. Por alguna razón, nunca existieron “criollos” brasileños: sencillamente, no se clasificaban así. Segundo ejemplo. Parece que no todos los iberohablantes residentes en los Estados Unidos, procedentes de diversos países, se ven a sí mismos como miembros de una misma comunidad por el hecho de hablar español o portugués. En este caso, como en otros, la descripción “objetiva” o “externa” de un determinado fenómeno sociocultural no se corresponde con la autodefinición de los actores sobre el terreno. Supongamos que un sociólogo o un historiador utilizan la categoría demográfica de “ibéricos”, “hispanos” o “latinos” para calcular la evolución del porcentaje de los norteamericanos de ascendencia o cultura ibérica sobre el total de residentes en los Estados Unidos a lo largo de un periodo dado. Por supuesto, puede hacerlo con legitimidad. Imaginemos ahora en cambio que el mismo investigador considera a la “comunidad iberoamericana” en los EE. UU. como un actor social, dotado de capacidad de acción. En este último caso, quien así procediera estaría sin duda incurriendo en un error metodológico. Es posible que desde un punto de vista exterior –“objetivo”– los descendientes de mexicanos, puertorriqueños, centroamericanos, brasileños, españoles, portugueses, etcétera. podrían considerarse un grupo a efectos estadísticos, pero no de modo subjetivo. Así pues, la categoría etnodemográfica “comunidad iberoamericana en los EE. UU.” serviría como objeto de estudio para determinados propósitos, pero no por eso debiéramos verla en sí como un actor social.

En realidad, lo que esta discusión pone sobre la mesa va mucho más allá de la cuestión de las clasificaciones “sociales”. La arrogancia presentista que describíamos al final del epígrafe anterior —cuando Marx tomaba su particular punto de mira, el de un teórico europeo de mediados del siglo XIX, como criterio transhistórico de validez universal— lleva aparejado un principio que hasta hace poco parecía incuestionable a casi todos los científicos. Me refiero a lo que, por recurrir a un símil político, podríamos llamar “soberanía epistémica de la modernidad”, o sea al dogma —que muchos consideran incontestable— de que nuestros parámetros científicos constituyen la única forma legítima de conocimiento.

Pero, ¿qué sucede cuando la moderna racionalidad occidental saca a la luz la historicidad de sus bases epistemológicas, y en cierto modo se historiza a sí misma? ¿Qué sucede cuando esa misma racionalidad se ve confrontada con otras maneras de dar sentido al mundo? Este problema, que para los antropólogos es el pan nuestro de cada día, empieza a ser considerado pertinente también para el historiador. Cuando ambos, historiadores y antropólogos, tratamos de comprender otras formas de pensar y de entender el mundo, nos vemos confrontados con los límites de nuestra propia racionalidad. Cuando el investigador tiene que dar cuenta de los sistemas interpretativos manejados por esos extraños “indígenas del pasado” que son nuestro antepasados sin renunciar a su perspectiva “científica”, a nada que se tome en serio los discursos producidos por los seres humanos en quienes trabaja, el historiador en efecto ha de reflexionar sobre los fundamentos de su aproximación académica (en otras palabras, se ve obligado a volver su mirada a su propio punto de observación). En este sentido, la reflexividad de la historia no es muy diferente de la de la antropología: así como el antropólogo se “antropologiza” a sí mismo al situarse en un contexto cultural dado, el historiador se “historiza” y relativiza a sí mismo al ser consciente de que su punto de observación —móvil y efímero, como todos— se sitúa en cierto momento y circunstancias históricas. Y, por eso, una de las funciones esenciales de la

historia, como de la antropología, es procurarnos alguna familiaridad con mundos simbólicos y conceptualizaciones exóticas, lo que contribuye a ampliar y mejorar nuestro conocimiento sobre las realidades humanas.⁵⁴

Hay que pensar, por ejemplo, en el estudio de los fenómenos religiosos en el pasado. Es éste un campo, particularmente el de las conexiones entre religión y política en el mundo iberoamericano de los siglos XVIII y XIX –un tema este, por cierto, que en modo alguno puede reducirse al de las relaciones Iglesia-Estado–, sobre el que trabaja en la actualidad otro grupo de investigadores de la red Iberconceptos, coordinado por Ana María Stuyen. Michel de Certeau escribió páginas muy interesantes sobre esta cuestión.⁵⁵ Para nosotros, estudiosos del siglo XXI, la religión es sin más una ideología entre otras. Para la mayoría de los europeos y americanos de los siglos XVI, XVII y XVIII, en verdad ése no era el caso: la religión no sólo era *la verdad suprema*, sino el fundamento de la sociedad y la clave que daba sentido a todo lo existente.

Pensar históricamente, en este como en otros casos, exige del historiador-intérprete un enorme esfuerzo de empatía con los actores. No es fácil acercarse a la forma de pensar de gente tan distinta. Pues, como observó con brillantez De Certeau a propósito de la religiosidad de los europeos del siglo XVII, mientras que nosotros aspiramos a entender la religión como un fenómeno histórico y como una “representación” emanada de la sociedad, ellos entendían, al revés, que era la religión justo el cimiento de la sociedad. Aunque como herederos de la Ilustración a muchos de nosotros no nos quepa duda de la “superioridad” de nuestro sistema de comprensión del mundo sobre el de nuestros predecesores, no por eso resulta menos asombrosa la operación intelectual que

⁵⁴ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, pp. 27-29. Samuel Wineburg, *Historical Thinking and Other Unnatural Acts*, pp. 3-27.

⁵⁵ Guillermo Zermeño, “La ortodoxia historiográfica puesta a prueba: Michel de Certeau”. Alfonso Mendiola, “Historizar la teología y los dogmas de la Iglesia: el compromiso de Michel de Certeau”.

consiste en comprender un tiempo lejano, organizado en función de un principio de inteligibilidad tan diferente, desde una lógica que le era tan ajena.⁵⁶ Una inversión tan drástica de los códigos de lectura del mundo en nada más dos o tres siglos (un breve lapso, en términos históricos) nos permite especular con la posibilidad de que en un futuro próximo un nuevo régimen de inteligibilidad termine por desplazar al que está en vigor a la fecha. ¿Acaso no resulta inquietante conjeturar que, al paso de algunas décadas, todos nuestros afanes científicos pudieran ser reevaluados y descalificados desde parámetros por completo diferentes de los nuestros?

* * *

Sé bien que gran parte de los historiadores –quizá la mayoría– no se preocupan en absoluto por estas cuestiones. Volcados en el análisis de sus objetos de estudio favoritos, rara vez se paran a reflexionar sobre los marcos de comprensión heredados (menos aún sobre los supuestos epistemológicos en que se funda la disciplina). Muchos de ellos se limitan a aplicar los sistemas clasificatorios que aprendieron durante su formación académica, y parecen escribir desde algún lugar misterioso y recóndito, como si tuvieran la capacidad de ver y describir desde algún punto de mira privilegiado cómo sucedieron en verdad las cosas y quiénes fueron los sujetos que las protagonizaron. Frente a esta historiografía convencional, positivista y con ingenuidad, la cual pretende hablar en nombre de una razón intemporal, me interesa una historia más histórica. Es decir, una historia reflexiva capaz de comprender que –mientras no se demuestre lo contrario– historicidad y lingüisticidad son parte del horizonte irrebalsable de la condición humana. Pero también, por otra parte, una historia menos ideológica, que en ningún caso tome al pasado como un campo de batalla donde dirimir

⁵⁶ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, pp. 172-173. Véanse los comentarios de Sanjay Seth, "Razão ou Raciocínio? Clío ou Shiva?".

conflictos políticos actuales. En lugar de volverse hacia el pasado con el gesto airado de quien irrumpe en un arsenal en busca de munición, el historiador debería aproximarse a aquellos mundos desvanecidos con el respeto, la calma y la piedad de quien se interna con paso vacilante en un vasto y laberíntico cementerio. Para decirlo con las palabras del escritor y político brasileño Homem de Melo, el historiador debiera entrar en el territorio sagrado del pasado como quien penetra en una gran necrópolis en donde yacen las generaciones extintas, esforzándose por dejar a un lado los prejuicios y las pasiones de su tiempo.⁵⁷

La hermenéutica y la semántica histórica nos recuerdan de fijo que nuestra vida está entrelazada con la historia, y no existe ningún punto arquimédico fuera del tiempo y del lenguaje desde el cual se pueda dar cuenta de los asuntos humanos. Hace un siglo, ya casi doscientos años después de la publicación de la *Scienza Nuova* viquiana, escribió Dilthey que “somos [...] seres históricos antes de ser contempladores de la historia, y sólo porque somos lo primero podemos ser lo segundo”.⁵⁸

Y, en cuanto a la naturaleza lingüística del ser humano, sobre la que tanto insistió Gadamer, no deberíamos olvidar que, como acertó a expresar Donald Kelley con una penetrante metáfora, el lenguaje es un “océano en el que todos nadamos”, y donde “somos peces”, más que oceanógrafos.⁵⁹ Sabemos, sin embargo, que nuestro medio natural ha cambiado en dimensiones enormes a lo largo del tiempo. Por mucho que como historiadores tratemos de clasificar con la mayor precisión posible a nuestros semejantes de

⁵⁷ “O historiador não penetra na noite do passado, nessa necropolis venerável das gerações extintas, sem sacudir a poeira das paixões do dia” (Barão Homem de Melo, *Correio Mercantil*, 30 de octubre de 1863), *apud* Gabriel Paquette, *Imperial Portugal in the Age of Atlantic Revolutions. The Luso-Brazilian World, c. 1770-1850*, p. 372.

⁵⁸ Wilhelm Dilthey, *Estructuración del mundo histórico por las ciencias del espíritu* [1910], p. 304.

⁵⁹ Donald R. Kelley, *The Descent of Ideas: The History of Intellectual History*, p. 300.

otras épocas, nosotros y ellos –historiadores y historiados, clasificadores y clasificados, intercambiando a veces nuestros roles– nadamos en el mismo océano. Pero ese océano no ha dejado de transformarse, y sería un grave error pasar por alto su dimensión evolutiva. La paleontología nos enseña que numerosas especies piscícolas se han extinguido, a medida que se transformaban e iban surgiendo otras nuevas. Y, del mismo modo que ningún científico en sus cabales utilizaría la taxonomía de las especies de nuestros días para identificar a las especies fósiles, deberíamos sospechar que nuestras categorías de agrupación social tal vez no sean las más adecuadas para clasificar a las colectividades del pasado. ☒

Bibliografía

- Ankersmit, Frank R. *Meaning, Truth and Reference in Historical Representation*, Ithaca, Cornell University Press, 2012.
- Appiah, Kwame Anthony y Henry Louis Gates, Jr. (eds.). “Identities”, número especial de *Critical Inquiry* 18/4, 1992, pp. 625-884.
- Bachmann-Medick, Doris. “Spatial Turn”, en Doris Bachmann-Medick (ed.), *Cultural Turns: Neuorientierungen in den Kulturwissenschaften*, Reinbek, 2006, pp. 284-328.
- Bacot, Paul, Laurent Douzou y Jean-Paul Honoré. “Chrononymes. La politisation du temps”, *Mots. Les langages du politique*, 87, 2008, pp. 5-95.
- Bailyn, Bernard. “Preface”, en David Armitage y Michael J. Braddick (eds.), *The British Atlantic World, 1500-1800*, Londres, Palgrave Macmillan, 2002, pp. xiv-xx.
- Bayly, Christopher A. *et al.* “AHR Conversation: On Transnational History”, *American Historical Review*, 111, 2006, pp. 1441-1464.
- Benigno, Francesco. “Introducción. Hacer historia en tiempo de memoria”, en *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*, Madrid, Cátedra, 2013, pp. 31-54.

- _____. *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*, Madrid, Cátedra, 2013.
- Bentley, Jerry H. “Cross-Cultural Interaction and Periodization in World History”, *American Historical Review*, 101/3, 1996, pp. 749-770.
- Bevir, Mark. “In Defense of Historicism”, *Journal of the Philosophy of History*, 6, 2012, pp. 111-114.
- _____. “Narrative as a Form of Explanation”, *Disputatio*, 9, 2000, pp. 10-18.
- Brubaker, Rogers y Frederick Cooper. “Beyond ‘Identity’”, *Theory and Society*, 29, 2000, pp. 1-47.
- Budde, Gunilla, Sebastian Conrad y Oliver Janz (eds.). *Transnationale Geschichte: Themen, Tendenzen und Theorien*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006.
- Burke, Peter y R. Po-chia Hsia (eds.), *Cultural Translation in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press/ European Science Foundation, 2007.
- Cabrera, Miguel Ángel. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001.
- _____. *Postsocial History. An Introduction*, Lenham, Lexington Books, 2005.
- Cebik, L. B. “Colligation in the Writing of History”, *The Monist*, 53/1, 1969, pp. 40-57.
- Certeau, Michel de. *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975.
- Cerutti, Simona. “La construction des catégories sociales”, en Jean Boutier y Dominique Julia (dirs.), *Passés recomposés. Champs et chantiers de l'histoire*, París, Autrement, 1995, pp. 224-234.
- Charle, Christophe. *Discordance des temps. Brève histoire de la modernité*, París, Armand Colin, 2011.
- _____. *Homo historicus. Réflexions sur l'histoire, les historiens et les sciences sociales*, París, Armand Colin, 2013.
- Chartier, Roger y Daniel Roche. “Histoire Sociale”, en Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel (dirs.), *La Nouvelle Histoire*, París, Retz/ CEPL, 1978, pp. 516-520.

- _____. “Historia social”, en Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel (dirs.), *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 577-583.
- Christin, Olivier (dir.). *Dictionnaire des concepts nomades en sciences humaines*, París, Métailié, 2010.
- Cohen, Déborah. “Categorías sociales et discours sur la société”, en Christophe Granger (dir.), *À quoi pensent les historiens*, París, Autrement, 2013, pp. 197-208.
- Danto, Arthur C. “Narrative Sentences”, *History and Theory*, 2/2, 1962, pp. 146-179.
- Delacroix, Christian, François Dosse y Patrick García (dirs.). *Historicidades*, Buenos Aires, Waldhuter, 2010.
- Dilthey, Wilhelm. *Estructuración del mundo histórico por las ciencias del espíritu* [1910], en *El mundo histórico*, vol. VII de *Obras*, ed. de E. Ímaz, México, FCE, 1944.
- Döring, Jörg y Tristan Thielemann (eds.). *Spatial Turn: Das Raumparadigma in den Kultur- und Sozialwissenschaften*, Bielefeld, Transcript Verlag, 2008.
- Dosse, François. *L'histoire en miettes. Des «Annales» à la nouvelle histoire*, París, La Découverte, 1987.
- Dray, William. *Philosophy of History*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1964.
- Duby, Georges. “*Histoire sociale et idéologie des sociétés*”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, 1974, 3 vols., I. *Nouveaux problèmes*, pp. 147-168.
- Fasolt, Constantin. *The Limits of History*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.
- Fernández Sebastián, Javier. “Concepts voyageurs et douanes intellectuelles. Historiciser le vocabulaire des sciences sociales”, *La Vie des idées*, 9 décembre 2011. URL: <<http://www.laviedesidees.fr/Concepts-voyageurs-et-douanes.html>>.
- _____. “*Ex innovatio traditio/Ex traditio innovatio*. Continuidad y ruptura en historia intelectual”, en Faustino Oncina (ed.), *Tradición e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 51-74.

- _____. “Historia, historiografía, historicidad. Conciencia histórica y cambio conceptual”, en *Europa del sur y América latina. Perspectivas historiográficas*, ed. de Manuel Suárez Cortina, Madrid, Biblioteca Nueva, en prensa.
- _____. “Introducción. Tiempos de transición en el Atlántico ibérico. Conceptos políticos en revolución”, en Javier Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870*, II, en 10 vols., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Universidad del País Vasco, 2014, t. I, pp. 9-45.
- _____. “Liberales sin fronteras. Cádiz y el primer constitucionalismo hispánico”, en *Cadice e oltre: Costituzione, Nazione e Libertà*, Roma, Escuela Española de Historia y Arqueología (CSIC)/Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, en prensa.
- _____. “Sobre conceptualización y politización de los procesos históricos”, en Mercedes Cabrera y Javier Moreno Luzón (eds.), *Pueblo y nación. Homenaje a José Álvarez Junco*, Madrid, Taurus, 2014, pp. 161-185.
- _____. (ed.). *Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History*, Santander, McGraw Hill/Cantabria University Press, 2011.
- Fominaya, Cristina Flesher. “Collective Identity in Social Movements: Central Concepts and Debates”, *Sociology Compass*, 4/6, 2010, pp. 393-404.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Fundamentos de una hermenéutica filosófica, Salamanca, Sígueme, 1988.
- Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000.
- Gil, Thomas. “Progreso, libertad, felicidad. Conceptos clave del mundo moderno”, en Faustino Oncina (ed.), *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, Barcelona, Herder, 2010, pp. 385-391.
- Hacking, Ian. “Making Up People” [1986], en *Historical Ontology*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2002, pp. 99-114.

- Haddock, Adrian. "Anachronism and the Inviduation of Concepts", *Scienza Poetica*, 8, 2004, pp. 265-272.
- Hartog, François. *Croire en l'histoire*, París, Flammarion, 2013.
- _____. *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.
- Hering Torres, Max Sebastian. "'Limpieza de Sangre' ¿Racismo en la edad moderna?", *Tiempos Modernos*, 9, 2003-2004, pp. 1-16.
- Hespanha, António M. "Categorias. Uma reflexão sobre a prática de classificar", *Análise Social: xxxviii*, 168, 2003, pp. 823-840.
- Hunt, Lynn. "Globalisation and Time", en Chris Lorenz y Berber Beverbage (eds.), *Breaking up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013, pp. 199-215.
- Jordheim, Helge. "Against Periodization: Koselleck's Theory of Multiple Temporalities", *History and Theory*, 51, 2012, pp. 151-171.
- Kaufman, Laurence y Jacques Guilhaumou (dirs.), *L'invention de la société. Nominalisme politique et science sociale au xv^e siècle*, París, EHESS, 2003.
- Kelley, Donald R. *The Descent of Ideas: The History of Intellectual History*, Aldershot, UK, Ashgate, 2002.
- Koposov, Nikolay. *De l'imagination historique*, París, EHESS, 2009.
- Latour, Bruno. *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*, París, La Découverte, 1991.
- Le Goff, Jacques. *Faut-il vraiment découper l'histoire en tranches?*, París, Le Seuil, 2014.
- Lequin, Yves. "Histoire sociale", en André Burguière, *Dictionnaire des sciences historiques*, París, PUF, 1986, pp. 635-642.
- Lorenz, Chris y Berber Beverbage (eds.), *Breaking up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.
- Martykánová, Darina y Florencia Peyrou (eds.). "La historia transnacional", *dossier, Ayer*, 94, 2014, pp. 11-144.

- Marx, Karl. *Carta a J. Weydemeyer* (5 de marzo de 1852): Marx/Engels, en internet, Archive, 200, <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1852/letters/52_03_05-ab.htm>.
- _____. *El Capital*, tr. Pedro Scaron, México, Siglo XXI, 1975, 8 vols.
- _____. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, tr. J. Pérez-Royo, Barcelona, Crítica, 1978.
- McCullagh, C. Behan. “Colligation and Classification in History”, *History and Theory*, 17/3, 1978, pp. 276-284.
- McGerr, Michael. “The Price of the ‘New International History’”, *AHR-Forum, American Historical Review*, 96/4, 1991, pp. 1031-1072.
- Melucci, Alberto. “The Process of Collective Identity”, en Hank S. Johnston y Bert Klandersmans (eds.), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, pp. 41-63.
- Mendiola, Alfonso. “Historizar la teología y los dogmas de la Iglesia: el compromiso de Michel de Certeau”, *Historia y Grafía*, 38, 2012, pp. 173-207.
- Middell, Matthias y Lluís Roura (eds.). *Transnational Challenges to National History Writing*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2013.
- Mink, Louis O. *Historical Understanding*, ed. Brian Fay, Eugene O. Golob, y Richard T. Vann, Ithaca, Cornell University Press, 1987.
- Mintzker, Yair. “‘A Word Newly Introduced into Language’: The Appearance and Spread of ‘Social’ in French Enlightened Thought, 1745-1765”, *History of European Ideas*, 34, 2008, pp. 500-513.
- Mitrovic, Branko. “Attribution of Concepts and Problems with Anachronism”, *History and Theory*, 50, 2011, pp. 303-327.
- Mudrovcic, María Inés y Nora Rabotnikof (coord.). *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria*, México, Siglo XXI, 2013.

- Nicolazzi, Fernando, Helena Miranda Mollo y Valdei Lopes de Araujo (orgs.). *Aprender com a história? O passado e o futuro de uma questão*, Rio de Janeiro, FGV, 2011.
- Paquette, Gabriel. *Imperial Portugal in the Age of Atlantic Revolutions. The Luso-Brazilian World, c. 1770-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- Phillips, Mark Salber. "Distance and Historical Representation", *History Workshop Journal*, 57, 2004, pp. 123-141.
- _____. *On Historical Distance*, New Haven, Yale University Press, 2013.
- _____, Barbara Caine y Julia Adeney Thomas. *Rethinking Historical Distance. Re-Enactment History*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2013.
- Piguet, Marie-France. *Classe. Histoire d'un mot et genèse d'un concept des physiocrates aux historiens de la Restauration*, Lyon, Presses Universitaire de Lyon, 1996.
- Pocock, J. G. A. Recensión del libro de Jack H. Hexter, *Reappraisals in History*, Londres, Longmans, 1961, en *History and Theory*: III1, 1963, pp. 121-122.
- Prost, Antoine. Douze leçons sur l'histoire, París, Seuil, 1996, "Sociale et culturelle indissociablement", en Jean Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 131-146.
- Revault-d'Allonnes, Myriam. *La Crise sans fin. Essai sur l'expérience moderne du temps*, París, Seuil, 2012.
- Riçœur, Paul. *La Mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000.
- _____. *Soi-même comme un autre*, París, Seuil, 1990.
- Roth, Paul A. "Narrative Explanations: The Case of History", *History and Theory*: 27, 1, 1988, pp. 1-13.
- Sahlins, Marshall. *Islands of History*, Chicago, The University of Chicago Press, 1985.
- Sánchez León, Pablo y Jesús Izquierdo Martín (eds.). *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

- Saunier, Pierre-Yves. "Learning by Doing: Notes about the Making of the Palgrave Dictionary of Transnational History", *Journal of Modern European History*, 6, 2008, pp. 159-179.
- _____. "Transnational", in Akira Iriye y Pierre-Yves Saunier (eds.), *The Palgrave Dictionary of Transnational History*, Londres/Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009, pp. 1047-1055.
- Schaub, Jean-Frédéric. "Le sentiment national est-il une catégorie pertinente pour comprendre les adhésions et les conflits sous l'Ancien régime?", en A. Tallon (coord.), *Le sentimente national dans l'Europe meridionale aux XVI et XVII siècles*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007, pp. 155-168.
- _____. "Le temps et l'État: vers un nouveau régime historiographique de l'ancien régime français", *Quaderni fiorentini*, 25, 1996, pp. 127-181.
- Schlögel, Karl. "Kartenlesen, Augenarbeit: Über die Fälligkeit des spatial turn in den Geschichts- und Kulturwissenschaften", en Heinz Dieter Kittsteiner (ed.), *Was sind Kulturwissenschaften? 13 Antworten*, Munich, 2004, pp. 261-283.
- Scott, Joan W. "Gender: A Useful Category of Historical Analysis", *The American Historical Review*: 91, 5, 1986, pp. 1053-1075.
- Seth, Sanjay. "Razão ou Raciocínio? Clío ou Shiva?", *História da Historiografia*, 11, 2013, pp. 173-189.
- Skinner, Quentin. "Meaning and Understanding in the History of Ideas" (1969), en James Tully (ed.), *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics*, Princeton, Princeton University Press, 1988, pp. 29-67.
- Syrjämäki, Sami. *Sins of a Historian. Perspectives on the Problem of Anachronism*, Tampere, Tampere University Press, 2011.
- Thompson, David. "Colligation and History Teaching", en William H. Burston & David Thompson (eds.), *Studies in the Nature and Teaching of History*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1967, pp. 85-106.
- Tyrell, Ian. "Ian Tyrell Responds", *AHR-Forum, American Histori-*

- cal Review*, 96/4, 1991, pp. 1031–1072.
- Veyne, Paul. *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, 1978.
- Wagner, Peter. *A History and Theory of the Social Sciences*, Londres, Sage, 2001.
- _____. “‘An Entirely New Object of Consciousness, of Volition, of Thought’: The Coming into Being and (Almost) Passing Away of ‘Society’ as a Scientific Object”, en Lorraine Daston (ed.), *Biographies of Scientific Objects*, Chicago, University of Chicago Press, 2000, pp. 132-157.
- Walsh, William Henry. *An Introduction to Philosophy of History*, Londres, Hutchinson's University Library, 1951.
- _____. “Colligation and Classification in History”, en Patrick L. Gardiner (ed.), *The Philosophy of History*, Oxford, Oxford University Press, 1974, pp. 127-144.
- Whewell, William. *The Philosophy of the Inductive Sciences*, 2ª ed., Londres, John W. Parker, 1847.
- Wineburg, Samuel. *Historical Thinking and Other Unnatural Acts*, Filadelfia, Temple University Press, 2001.
- Yun, Bartolomé. “‘Localism’, Global History and Transnational History: A Reflection from the Historian of Early Modern Europe”, *Historisk Tidskrift*, 127, 2007, pp. 659–678.
- Zermeño, Guillermo. “La ortodoxia historiográfica puesta a prueba: Michel de Certeau”, *Historia y Grafía*, 40, 2013, pp. 71-102.
- _____. “Sobre la condición postnacional en la historiografía contemporánea: el caso de *Iberconceptos*”, en Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (eds.), *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual*, Santander, McGraw Hill/Ediciones Universidad de Cantabria, 2013, pp. 463-489.